

¡Suben! El Problema de las Escaleras en Edificios Gubernamentales.

Orión Arturo Flores Camacho.

Cita:

Orión Arturo Flores Camacho (2007). *¡Suben! El Problema de las Escaleras en Edificios Gubernamentales*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/137>

¡SUBEN!
EL PROBLEMA DE LAS ESCALERAS EN LOS EDIFICIOS GUBERNAMENTALES
por Orión Arturo Flores Camacho
Lic. en Sociología, 4º “A”

1. ¿Quién dijo que ascender era fácil?

Soy un wevón. Lo admito. La mayoría de mis problemas pueden resumirse en este sencillo hecho. Bajo tales circunstancias, quizás lo más lógico y razonable sería que cambiará el título del presente ensayo para que quedara en algo así como “El problema de la weva de Orión para hacer cualquier cosa”, pero he descubierto una especial aversión por las escaleras que rebasa a todos los límites de mi flojera.

Empezaré por contar los orígenes de mi aversión. Mis padres son ambos profesores del sistema federal de educación, por lo tanto, burócratas. Esta condición los hace felices derechohabientes (“desechohabientes” diría sabiamente el cartonista Falcón) del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE). Después de una tortuosa vida de trabajo que no pienso contar en este ensayo, mi padre quedó con las rodillas hechas polvo (“con los meniscos desviados” diría eufemísticamente cierto doctor). Tras una serie de eventos y un número ingente de trámites burocráticos, mi padre fue pasado a cuchillo en el Hospital Valentín Gómez Farías del mencionado ISSSTE. Hasta ahí todo bien. No me pienso quejar de la calidad del personal médico, ni la del hospital, ni siquiera del hecho de que la operación no le sirvió en lo más mínimo a mi padre. Mis quejas fueron y son las escaleras.

Después de la intervención, a mi padre lo dieron de alta como es obvio. No podía andar por si solo, así que le rentamos una silla de ruedas para poderlo mover. Bajarlo del 6º piso en el que estaba internado no fue problema usando el elevador. El problema fue ponerlo en tierra firme, una vez fuera del recinto hospitalario. Resulta que el ominoso hospital del ISSSTE tiene un tramo de 25 escaleras entre su puerta de entrada principal y la calle y ninguna rampa para minusválidos habilitada. Entonces tenemos a un hombre de 95 kilos de peso en silla de ruedas recién operado de las rodillas, un tramo de 25 escaleras, un hombre (el que esto

escribe) y una mujer (mi madre) prestos para cargar en peso al paciente. La ecuación del caos, sin duda alguna. Una vez puestos en la tarea, todos los presentes (hasta los que solamente veían) sudaban la gota gorda.

Esa fue la primera vez de un evento que se iba a repetir mucho en los días que estaban por venir. Ya fuera para entrar o para salir, la operación se volvió en un momento dado hartamente rutinaria: yo agarraba a la silla por la parte de enfrente, mi madre por detrás, mi padre trataba de ponerse flojito, tomábamos aire y emprendíamos el camino. De vez en cuando (muy de vez en cuando) algún transeúnte buena onda se apiadaba de nosotros y nos ayudaba.

Desafortunadamente el edificio hospitalario del ISSSTE no era el único que debíamos visitar con mi padre en estado post-quirúrgico. Teníamos que darle sus visitas a la delegación del ISSSTE en Palacio Federal (ahí en el Centro), así como a la Sección 16 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, en la 74 y Francisco de Ayza. Todos estos edificios tenían escaleras que separaban a la calle de las puertas de entrada, careciendo al mismo tiempo de rampas para minusválidos.

Tanto subir y bajar con el señor bulto que representaba mi papá formó en mí un odio de proporciones jarocho por las escaleras que se encontraban en las entradas de todos los edificios de gobierno. Pero esta aversión, hoy en día, no solo puede fundamentarse en un simple y llano “sí por que sí”. Considero que hay que comprender el por qué de la ominosa existencia de estas escaleras, para entonces sí, odiarlas “con estilo”.

2. Las escaleras al poder

Ir caminando al nivel de la calle te permite tener una perspectiva bastante amplia de lo que sucede a este nivel. Ves con cierta facilidad a los automovilistas sacarse el moco, a las señoras amamantando en el camión, a niños de la primaria patear un bote vacío de Frutsky en la banqueta... todos tan iguales entre sí, tan cotidianos.

Al ir caminando también pasas por edificios de las más diversas índoles: casas, condominios verticales del INFONAVIT, grandes corporaciones, y por último, las estrellas de este panorama, los edificios de gobierno. Ante estos, la sensación de igualdad que tenías hacia con los demás que compartían contigo la calle y el pavimento se diluye. De repente te sientes solo, abrumado, ante la mole de concreto que se levanta imponente ante ti.

El tamaño puede ser imponente. De los tres edificios que he mencionado anteriormente, el del ISSSTE y Palacio Federal se yerguen majestuosos (es un decir) por encima de la altura de los 12 pisos, pero al parecer los que planearon estas construcciones no se conformaron con este simple hecho. En el colmo del absurdo, alejaron las puertas principales de entrada del nivel de la calle, para poner entre nuestra cotidianidad y la suya un tramo muy considerable de escaleras.

¿Por qué poner escaleras? Al ras del suelo suceden los cotidianos que le dan sentido a la vida: el sacarse los mocos, el patear el bote de Frutsky, el andar en camiones, el ligar en la calle. El mundo de la vida, como dijo Schutz. Un mundo que dista mucho de parecerse al de la burocracia, ese sistema tan intrincado de relaciones formales e informales en las cuales se fundamenta y reproduce el Estado. El poner escaleras de la calle a la puerta de entrada significa poner una barrera, una resistencia para que no entre el tan mundano modo de ser que tenemos los simples ciudadanos “acá afuera”, y que obligatoriamente tenemos que dejar colgado en la percha que representan las escaleras, para poder adentrarnos y ser parte de lo que pasa “allá adentro”.

Es hecho me conduce inmediatamente a una segunda función que tienen las escaleras ante la entrada. En un primer momento ya pudimos apreciar que sirven para separar los territorios de la vida y del trabajo, pero además, sirve también como preparación, tanto de propios como ajenos a la institución, para la acción.

Un par de ejemplos. Tenemos a Pepe, un señor de 48 años que maneja una Windstar todos los días para dejar a los niños en la escuela. De pasada va y deja a su mujer en el café donde se encuentra con sus amigas. Mientras se conduce a su oficina en Palacio Federal, escucha en la radio de su camioneta la KeBuena. Masca un chicle, se fuma un Delicado, tararea una cumbia. Todo muy cotidiano. Deja la camioneta en un estacionamiento sobre Av. Alcalde, camina una cuadra y se encuentra ante las escaleras. Mientras las sube, Pepe se ciñe la corbata y se pone el saco, saca una agenda y se prepara para hacer su entrada triunfal. Llega al vestíbulo siendo el Lic. José, director de la oficina de bla bla bla. ¿Y Pepe? Se quedó sentado en un escalón, esperando al licenciado hasta la hora de comer.

En el otro lado de la moneda se encuentra Don Chava, de 75 años él, jubilado del Estado, con reumas en las rodillas y una hija que se acaba de separar a la que tiene que mantener. Tiene que hacer el trámite de lingui lilingui. Toma en Boulevard Tlaquepaque el 275 Diagonal y se baja en la parada de Palacio Federal, frente al Santuario. Alza su mirada perpleja sobre la imponente figura del edificio de oficinas. Y ante él se manifiestan las escaleras. Don Chava sube lento, se va doliendo de las rodillas, mientras piensa lo complicado que va a ser el trámite, que lo van a traer de un lado para el otro, de ventanilla en ventanilla. Don Chava se prepara para su patética entrada. Y así lo hace. Llega disminuido, cansado y abrumado. El instinto lo lleva a la oficina pim pum papas en donde es ninguneado, luego rebota en la cua cua cua en donde lo atienden desdeñosamente, para terminar por fin en la bla bla bla con el Lic. José, en donde con algo de suerte el trámite sólo durará 15 años luz en hacerse.

Mientras que unos, como el licenciado, escogen las escaleras para meterse en su papel como parte de la institución burocrática, otros como Don Chava van haciéndose menos y echándose las cruces sobre el papelón que están por hacer en tanta oficina y ante tanta gente. El acto de subir escaleras brinda el limbo adecuado para transitar de la indefinición social a la completa especialización burocrática o a la más incompleta conciencia del accionar ante cualquier situación

compleja. Los que trabajan “adentro” ven a las escaleras como el paso último antes de empezar la jornada laboral. Los que venimos “de afuera” nos alienamos un poquito de escalón en escalón.

Los dos asuntos ya expuestos ahora me remiten a una tercera y última función de las escaleras en los edificios gubernamentales: el de la supervivencia. Las escaleras ya de por sí representan un problema físico y mental, pues daña a las rodillas, agita la respiración y te echa encima todo el embroncamiento que aun no tienes con la institución, pero que muy probablemente tendrás, y encima de esto hay que agregar el hecho de que muchos que intentan adentrarse en estas junglas apenas equiparables a las de las montañas del Congo no pasan de las escaleras, gracias a la existencia de otro espacio físico ominoso: el vestíbulo.

¿Qué es el vestíbulo? Desde los términos en los que está planteado el presente trabajo, otra separación entre el mundo de la vida y el de la burocracia, otro espacio para prepararte para la hecatombe o para asumirte como parte del contexto, y por último, un filtro de seguridad. Este último punto sólo aplica para aquellos que no son de la institución burocrática. Si se logra sobrevivir a las escaleras y llegar medianamente completo (o completamente mediano, según sea el caso), tienes que sortear este nuevo obstáculo que el vestíbulo te representa. Por lo general hay un gran escritorio donde te brindan información y en donde te atiende o un guardia de seguridad privada o una secretaria copetona que chatea por Messenger. Uno, ajeno al teje y maneje burocrático, se acerca al escritorio para pedir información sobre el trámite en la oficina x que debes hacer. La petición de información se vuelve en petición de clemencia, y lo que procede ante tan bochornoso asunto, es volver a las escaleras a recobrar un poquito de dignidad. Curioso, ¿no? La escalera *per se* ya es un filtro de personalidades, solamente llegan aquellas que puedan y deban llegar, pero el vestíbulo es menos clemente, y expulsa con relativa facilidad a aquellos que no tuvieron los argumentos para demostrar su valía dentro del sistema burocrático.

Al final, todos terminamos en la escalera, pensando en nuestro fracaso. Nos fumamos un cigarro o vemos pasar a otras personas y quizás nos armamos de valor al verlas tan seguras y emprendemos de nuevo la misión. Esta semi-función de las escaleras (la función motivadora) puede o no resultar, dependiendo de la subjetividad de cada individuo.

El punto es obvio, las escaleras en toda su expresión representan el poder y el estatus de la institución burocrática en todos sus sentidos. No basta con que el edificio entero se yerga sobre nuestras cabezas denotando simbólicamente superioridad, no, hay que someter al pópulo al cansado yugo de las escaleras, disminuirlo, demostrarle el alto costo (alto en todos los sentidos) que representa llegar a ese nivel.

En una escala vertical que vaya de arriba para abajo, en la punta tenemos a Dios y el Cielo, luego a la burocracia por el tamaño de sus edificios, y abajo, “donde los topos hacen su guarida”, estamos los simples mortales con reumas en las rodillas tras tanto escalón.

3. Paren al mundo que me quiero bajar

Tanto hablar de dolores de rodilla me ha sugestionado. Al momento de escribir esto, la rodilla derecha me molesta lenta pero continuamente. Luego miro hacia fuera, donde un buen tramo de escaleras me espera todos los días para acceder a mi casa. El sudor corre por mi frente.

Sé que es cierto que existen escaleras en todo el mundo y en toda clase de edificios, vamos, existen en mi casa y separan a la calle de mi puerta, pero estoy seguro que la función dista mucho de ser la misma. Aquí en donde vivo, hasta donde yo sé, lo único que movió el poner una escalera es la practicidad (vivir en un edificio del INFONAVIT tiene sus bemoles, pues), de ninguna manera el poder. Y es esto lo importante: el poder. Encontrarnos escaleras en mi casa no es lo mismo que encontrarlas en Palacio Federal o el Hospital del ISSSTE. Las

instituciones burocráticas tienen una necesidad intrínseca de demostrar su valía en todo momento, y a la vez de demostrar que son ellas, y no la ciudadanía, las que sostienen efectivamente al Estado, dejándose ver superiores que cualquier otra instancia social o popular.

Muchas oficinas de gobierno aun no toman conciencia de la diversidad que existe en este país. Mi papá, minusválido transitorio, y peor, empleado del Estado, sufría una verdadera pena al encontrarse con escaleras a la entrada de cualquier edificio gubernamental. El proceso de subir y bajar las escaleras no sólo le resultaba contradictorio y cansado a él, sino a los que le ayudábamos también. El desgaste físico era mucho, y como ya lo he mencionado, uno llega al vestíbulo con los sentimientos a flor de piel. Ante la primera negativa y el inminente hecho de regresar a las ominosas escaleras, uno tiene ganas de mandarlo todo a la lejanía y llorar.

En el pasado, al menos para entrar, los edificios gubernamentales carecían de escaleras. Veamos Palacio de Gobierno, apenas y tiene un pequeño bordo, o el Palacio de Minería en el DF, que sólo tiene tres escalones. Es una manía “nueva” la del gobierno esa de habilitar edificios altos y poco prácticos, alejados de las posibilidades de una muy buena parte de la población. Quizás no se pueda ya hacer mucho para que se quiten o se deje de instalar escaleras en todos estos edificios, pero si podemos exigir rampas para minusválidos, pasamanos, descansos entre los escalones...que se yo, algunas medidas que palien en cierta medida los estragos que puede representar subir un tramo de escaleras.

Los efectos disminuyentes de las escaleras en edificios burocráticos son muy fuertes, en el plano físico y en el simbólico. El simbólico ya no me interesa, la institución demuestra una vez más que nos tiene agarrados del cogote, pero digo, nuestras rodillas no tienen la culpa. Habilitar escaleras menos inclementes si bien no hará del acto de subir hasta la entrada en algo placentero, puedo asegurar que

podrá hacer algo por la bajada (como por ejemplo, no agitarte tanto mientras te vas del edificio mentándole la madre al sistema burocrático mexicano).

- **Bibliografía**

BEGER, Peter y LUCKMANN, Thomas, *La Construcción Social de la Realidad*. Amorrortu Editores. Argentina. 1968.

FOCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores. México, 2001.

RODRÍGUEZ MORALES, Zeyda Isabel, *Alfred Schutz: hacia la fundamentación de una sociología del mundo de la vida*. Universidad de Guadalajara. México. 1993.

RITZER, George, *Teoría Sociológica Clásica*. McGraw-Hill. España. 3ª edición, 2001.

URIZ, Javier, *La subjetividad de la organización, el poder más allá de las estructuras*. Siglo XXI de España Editores. España, 1994.

WEBER, Max, *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México. 1987.

WOLF, Mauro, *Sociologías de la vida cotidiana*. Editorial Cátedra. Madrid, España. 1982.